

Érase una vez un príncipe que buscaba doncella. Unos días después el príncipe daría una fiesta que duraría tres días donde encontraría a una preciosa mujer con la que casarse.

El príncipe tenía una gran complicación ya que él era gay. Él no se lo quería contar a sus padres por una sencilla razón. No lo tolerarían.

Así pues, el príncipe no se lo contó a sus padres y dejó pasar la fiesta. Él pensó que sería divertido.

Ese mismo día, el rey mandó invitaciones a todas las doncellas guapas de país.

Entre ellas se encontraba una dama llamada Cenicienta, porque siempre estaba llena de polvo y cenizas. Cenicienta era muy buena y piadosa. Su madre falleció, y su padre se casó con una mujer que tenía dos hijas muy malas, pero como siempre dicen “de tal palo tal astilla”. La madrastra de Cenicienta tampoco es que fuera una joya.

Cenicienta admiraba tanto a su madre que iba tres veces al día al cementerio para llorar y contarle todas las cosas malas que le hacían la madrastra y sus hermanastras.

Un día su padre le trajo una rama de avellano y Cenicienta decidió plantarlo al lado de la tumba de su madre y el árbol crecía y crecía.

Llegó el primer día de la fiesta del príncipe. Las hermanastras de Cenicienta estaban muy nerviosas. Claramente a Cenicienta no la dejarían ir pero se las ingenió. Fue al avellano que plantó y le rogó un vestido bonito y en un pestañeo lo tenía en sus manos. Era un vestido precioso.

El príncipe esperaba a que fuera la hora de la fiesta. Decidió que bailarían con la chica con más estilo. Empezaron a llegar las chicas pero al príncipe no le gustaba el estilo de la vestimenta que llevaban. De repente llegó una chica en medio de la ceremonia que era nada más y nada menos que Cenicienta con el vestido con más estilo y más bonito de toda la sala.

Lo peor fue que el príncipe no sabía bailar y lo mejor es que Cenicienta tampoco pero aprendieron juntos.

El príncipe no podía saber que Cenicienta era Cenicienta y Cenicienta no podía saber que el príncipe era gay.

Cenicienta se tenía que marchar antes de que su madrastra y su dos hermanas se fueran. Bajó las escaleras pero antes de bajar el último escalón...

- ¿A dónde vas? - dijo el príncipe.

- A mi casa - contestó Cenicienta.

- Te acompañaré - dijo el príncipe.

- ¡No! No hace falta - añadió Cenicienta.

El príncipe comenzó a bajar la escalera. Solo quería hacerse amigo suyo pero Cenicienta corrió a su casa.

A la tarde siguiente Cenicienta hizo lo mismo, fue al árbol de su madre y le rogó un vestido bonito y en un pestañeo lo tenía en sus manos.

Mientras el príncipe esperaba la hora de la fiesta, empezaron a llegar las chicas pero el príncipe no veía a la chica del otro día. Llegó tan esplendorosa como el sol y empezaron a bailar. Después de un buen rato el príncipe decidió que se tenían que hacer amigos. Mientras que bailaban, el príncipe pensaba en un plan para que esta vez no se fuera corriendo. Pensó en que podría embadurnar con pez las escaleras y cuando fuera a irse corriendo se quedaría pegada y podría alcanzarla.

Cenicienta vio que sus dos hermanastras y su madrastra se estaban yendo y rápidamente se fue pero antes de que diera un paso más, se quedó pegada en esa masa viscosa y negra. Cenicienta se tenía que ir y decidió quitarse el zapato y se fue corriendo a su casa. El príncipe fue corriendo y despegó el zapatito. Decidió que al día siguiente iría a todas las casas para ver si el zapatito le quedaba bien a alguna y podía hacerse amigo de una vez de Cenicienta.

Pasaron las horas y el príncipe no encontraba a Cenicienta hasta que llegó a una gran casa. Cuando entró, las dos hermanastras de Cenicienta esperaban ansiosas a que él llegara. Empezó con una de ellas y no le cabía el zapato. Le dijo al príncipe que esperara un segundo y ella se fue a la cocina a cortarse el talón para que el zapato le entrara y por desgracia el príncipe vio que la hermanastra se estaba cortando el talón. El príncipe le dijo que estaba loca y volvió al salón a que la segunda hermanastra se probara el zapatito. Se lo probó y vio que el dedo gordo del pie le quedaba

grande al zapato, por lo tanto, el pie no entraba. Se fue a la cocina y se lo cortó pero el príncipe vio que se había cortado el dedo gordo y gritó

- ¡Está muy loca!. –

Cuando volvió al salón vio a una chica que se parecía mucho a la chica con la que bailó. Le preguntó que si se podía probar el zapato y le quedaba bien.

El príncipe gritó - ¡Sí, eres tú! -.

Se le acercó a la oreja y le susurró - Solamente quería ser tu amigo porque me has caído muy bien. Yo no quiero una prometida, solamente quería una amiga, además, no me gustan las chicas, me gustan los chicos. –

Cenicienta se quedó impactada, sonrió y le dio un abrazo. Se montaron en el caballo y empezaron a galopar. No sabían a donde iban, lo único que sabían es que iban acompañados.

FIN

Autora: Mara del Valle.